

/ MERET OPPENHEIM

**Discurso pronunciado con motivo de la entrega del premio de Arte de la ciudad de Basilea el 16 de enero de 1975**

No es fácil ser un artista joven. Cuando se trabaja a la manera de un maestro reconocido, antiguo o contemporáneo, es posible que el éxito llegue pronto. Pero cuando se habla un idioma nuevo, una lengua propia que nadie comprende todavía, a veces hay que esperar mucho tiempo hasta escuchar un eco.

Más difícil todavía si el artista es mujer.

Empezando por la apariencia exterior. En el caso de los artistas varones se acepta que vivan como quieran; los ciudadanos cierran un ojo. Pero cuando una mujer hace lo mismo, abren los ojos como platos. Con eso y con mucho más hay que contar. Incluso me atrevería a decir que la mujer, como tal, está obligada a demostrar con su manera de vivir que no acepta como válidos los tabúes que desde hace miles de años han mantenido a las mujeres en un estado de sometimiento. La libertad no se regala; se conquista.

¿A qué obedece entonces el hecho de que todavía haya hombres, incluso hombres jóvenes, que niegan rotundamente a las mujeres el espíritu creativo?

En toda gran obra de la literatura, del arte, de la música o de la filosofía habla siempre el ser humano en su totalidad. Y ese ser es tanto masculino como femenino. En la antigua Grecia eran las Musas las que inspiraban a los grandes hombres, lo que significa que el componente espiritual femenino estaba también presente en ellos, y así sigue ocurriendo hoy en día. Del mismo modo, el componente espiritual masculino forma parte también del trabajo de las mujeres.

Para este último no tenemos todavía ninguna imagen ni nombre. Me atrevería incluso a decir que, en las mujeres, el componente espiritual masculino está aún hoy obligado a cubrirse con un manto que lo haga invisible. ¿Y eso por qué? En mi opinión, porque desde la instauración del patriarcado, es decir, desde la desvalorización de lo femenino, los hombres proyectan en las mujeres lo que en ellos hay de femenino y consideran de escaso valor. Para las mujeres esto significa que deben vivir su propia feminidad como los hombres la proyectan sobre ellas. Son, por tanto, mujeres al cuadrado. Y esto es demasiado. La mujer es como ha sido desde siempre y como en gran parte sigue siendo hoy en día.

Nietzsche dice lo siguiente de este singular producto de cría: «Las mujeres son todavía (¡atención a «todavía»!) gatos. Las mujeres son todavía gatos y pájaros. O, en el mejor de los casos, vacas». Y tiene razón. Esta es también la causa por la que las mujeres no se quieren una a otras, no pueden quererse. No se puede querer lo que carece de valor. El componente espiritual masculino lo proyectan sobre los hombres. En ellas mismas han de reprimirlo. «Las mujeres no deben pensar.» ¿La autoestima de los hombres es tan vulnerable? «Las obras espirituales de las mujeres causan una penosa impresión.» Por eso se reprimen y se olvidan tan rápido como sea posible. ¿Ideas? Toda idea realmente nueva es ya de por sí una agresión. Y la agresión es una característica que está en contradicción absoluta con la

*imagen de la mujer que los hombres llevan en su interior y proyectan sobre las mujeres.*

*Los hombres son también un singular producto de cría y, como las mujeres, una imagen distorsionada de lo que podrían ser.*

*Desde hace algunos años se habla de que el ser humano altera el equilibrio de la naturaleza que le rodea. ¿Detrás de esta idea justificada no se esconde acaso la evidencia encubierta de que, en realidad, es el equilibrio de la propia humanidad el que resulta alterado? ¿Alterado por esa división en dos géneros opuestos en todo de los que uno posee la supremacía absoluta?*

*Naturalmente, esta evolución no es imputable ni a los hombres ni a las mujeres.*

*El gran milagro, el «animal fabricante de herramientas» se produjo un día cualquiera en diferentes lugares de la Tierra. De él surgió el hombre, que –siguiendo leyes globalmente análogas– por primera vez exteriorizó el espíritu que todo lo penetra en forma de ritmos, bailes, imágenes y mitos.*

*Ese gran milagro tuvo su continuación mucho tiempo después, cuando se activó el intelecto. Yo creo –temo– que todos los pueblos de la Tierra tienen que pasar por el estadio en el que hoy nos encontramos, con su terrible materialización, su brutalidad, su codicia por poseer bienes absurdos, como lo estamos experimentando en la actualidad en tanto que efecto secundario de los fascinantes resultados de las ciencias naturales.*

*Para que el intelecto, ese instrumento agudo, pudiera desarrollarse fue necesario relegar otras características. Personalmente me parece, sin embargo, que hemos llegado a un punto en el que la desaparición de esas características se está haciendo notar de manera funesta. Las características a las que me refiero son sentimiento, intuición, sabiduría.*

*Cuando se observan las formas de vida que se han dado en nuestro planeta desde el comienzo de los tiempos, solo cabe constatar una diferenciación continua.*

*Puesto que la vida significa cambio y la naturaleza tiende, al parecer, a la diferenciación, ¿por qué no puede ser posible que en algún momento impulse otra vez a la humanidad a emprender otro rumbo?*

*No está de más recordar que fue Eva quien mordió la primera la manzana del árbol de la sabiduría, es decir, del pensamiento consciente.*

*Ya en el siglo XVIII se escucharon algunas voces. Cuando en todos los extremos del planeta y en voz cada vez más alta las mujeres claman contra su menospreciada posición, quizá sea una señal de que el sentimiento que durante tanto tiempo se ha visto obligado a permanecer en el nivel más bajo está aflorando para ocupar el puesto que le corresponde en el corazón de los seres humanos, ¡junto a la razón!*

*Y –¿quién sabe?– quizá la sabiduría abandone también algún día su cueva de granito.*

Meret Oppenheim: «Rede anlässlich der Übergabe des Kunstpreises der Stadt Basel 1974, am 16. Januar 1975», en Bice Curiger: Meret Oppenheim. Spuren durchstandener Freiheit, Zúrich, 2002 [1.ª edición: 1982].